

Jueves XXIII del TO
Ciclo B



12 de septiembre de 2024

1Cor 8, 1-13

Sal 150

Lc 6, 27-38

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús, en el evangelio de hoy, al poner, al final de todo como modelo de conducta el mismo amor misericordioso de Dios, diciendo: *«sean misericordiosos como su Padre es misericordioso»*, expresa con claridad cómo es ese amor de Dios, que no es ambiguo sino neto, que no es discriminado, sino indiscriminado.

Estas enseñanzas de Jesús están incluidas en Lucas dentro del gran bloque del «sermón del llano» (en Mateo lo están dentro del bloque del «sermón de la montaña»). Por tanto, para comprender mejor su sentido no se pueden sacar de ese contexto, pues en ellos Jesús va revelando al Padre y la infinitud de su bondad. Cada dicho del evangelio de hoy tiene su explicación en este contexto que marca la apertura a un nuevo ámbito: el ámbito de Dios amoroso y el de la filiación divina, ***el del ser en ese amor que Dios es***. Por ello, cada invitación contenida en este discurso de Jesús, viene iluminada desde este núcleo central. Por eso es que al final se invita a sus hijos a «imitar a su Padre» en ese ser amor.

El dicho del amor a los enemigos es, quizás, la más radical de las enseñanzas de Jesús. Jesús se dirige a sus discípulos (o a quienes quieran serlo) y les coloca ante la realidad de la hostilidad que van a padecer si le siguen. Tal hostilidad ya se manifestó en vida del propio Jesús, tanto hacia él como a sus seguidores, y se incrementó después de la Pascua.

El odio al enemigo forma parte del acervo cultural de casi todos los pueblos de la tierra. Seguramente, en época de Jesús dicho odio estaba latente, concretamente hacia los romanos o hacia los opresores de la clase dirigente, y así estalló con violencia en varias ocasiones. De hecho, algunos textos de Qumran muestran un desprecio hacia los pecadores, hijos de las tinieblas, no muy lejano al odio.

Además, en este discurso de Jesús está en el centro del mismo todo lo que se refiere al «honor y la vergüenza», ese modo cultural por el que se regulaba la vida ordinaria y cotidiana de la gente de aquella época. Han de saber que tanto la cultura greco-romana como la judía interpretaban la bofetada en la cara como una «humillación extrema», en otras palabras, constituía un «insulto» más que una «lesión física». De esa forma fue avergonzado Jesús durante su juicio cuando golpearon su rostro.

¿Por qué la mejilla derecha y no la izquierda? Una de las formas habituales de afrentar el honor de un adversario era dándole un «revés» en la mejilla, una bofetada con el reverso de la mano. No se trata de un puñetazo para derribar, sino de un «cachete» leve, para mostrar el desprecio que se sentía hacia él, para hacerle ver que no era «nadie» en la estima de quien le propinaba tal «cachete». Pero también puede suponer darle una bofetada con la mano izquierda, la mano

impura, porque es la que se utiliza para el aseo. Fuera como fuera era un desafío público extremadamente grave. La situación aquí implica que el discípulo está recibiendo un desafío de la forma más insultante posible¹. En este dicho Jesús quita toda importancia al honor. Viene a decir que no te importe nada que alguien ponga en duda tu honor, u ofenda tu honor; es más, «preséntale la otra mejilla», es decir, hazle ver que el honor te importa un bledo. El no responder a una ofensa al honor hecha en público (revés en la mejilla derecha) implicaba un gran deshonor, una gran desvergüenza; era dejar un desafío sin respuesta (aunque, en realidad, en la propuesta de Jesús era dar una respuesta diferente, desde otros esquemas más radicales.

Estos dichos de Jesús superan toda ambigüedad y son claros. Plantean una única actitud: la del amor. Hay que amar al próximo (al cercano, al amigo) y también al lejano (al enemigo). Incluso, con la parábola del «buen samaritano», incluso hay que amar al extraño. De la persona, de su seguidor, ha de fluir sólo una cosa: el amor, y no caben ambivalencias ni ambigüedades. Y amar implica no sólo no desear mal sino también desear el bien. En el Evangelio vemos como Jesús precisa más la actitud de amor al enemigo añadiendo a ese rogado el «*hagan bien a los que les odian, bendigan a los que les maldigan*». Jesús, como en tantos otros aspectos, está dando vuelta a la ética establecida y **está disolviendo revolucionariamente** el odio en el amor.

¿Por qué propone Jesús tan radical y difícil actitud y praxis? ¿En qué sustenta que haya que amar al enemigo? La fuente de ese amor viene de Dios, que es Amor y que, por serlo, ama a todos: «*el Padre celestial es bueno con los malos y los ingratos*». Jesús está proponiendo la imitación del padre: en este caso la imitación de Dios. Esta es una actitud propia de un hijo hacia su padre. Jesús como se siente, se vive y experimenta como hijo del Padre propone a todos los que quieran sentirse hijos de Dios que sean como Dios es: «*Así serán hijos del Altísimo*».

El amor de Dios es indiscriminado, porque, como subrayan los textos del evangelista Juan, Dios es Amor. Y el Amor sólo puede «ser», es decir, no puede haber en él «medias tintas», sino que es neto; está o no está; es o no es. No es amor el amor parcial o a plazos, ni el amor interesado, ni tampoco el amor teórico o ese sentimiento afectivo-egoico al que se suele llamar amor. Todos esos matices y parcialidades no son amor, son otra cosa. Ni tampoco puede el Amor ser «condicional», es decir, depender del amor recibido o de unos méritos contraídos. ***Dios ama al hombre no porque el hombre sea bueno, sino porque Él es bueno. Esta es la revolucionaria propuesta de Jesús. Una propuesta que dimana de su propia experiencia de ser en el Amor que Dios es.***

¹ Cfr. JEROME H. NEYREY. *Honor y vergüenza. Lectura cultura del Evangelio de Mateo*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2005